

mismo será nuestra gloria y la fuente inagotable de nuestra felicidad en la Jerusalem del cielo. Contemplad con los ojos del alma, iluminada por la fe, esa ciudad de la eterna paz. San Juan nos la describe en el Apocalipsis (1). Es una ciudad cuyo arquitecto, cuyo fundamento y cuya puerta es Jesucristo, y cuyos habitantes son Reyes. Ellos mismos son las piedras vivas de ella, animados del espíritu de Dios, penetrados de su gloria, iluminados con su claridad, abrasados en su amor, formando todos como uno solo, sin mas ley que la caridad y el espíritu de Jesucristo, que de él, como de la cabeza, se difunde á todos los miembros, los cuales participan de la gloria y de la herencia del Hijo único del Padre. Todos, por lo tanto, le reconocen y adoran como al principio y la fuente de su santidad, que á tal gloria los ha encumbrado, y le cantan himno eterno repitiendo en armonioso coro: Digno es el Cordero que fué muerto de recibir el poder, la dignidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, y la gloria y la bendición (2): nos has redimido, Señor, con tu sangre, de toda tribu, y lengua, y pueblo, y nación, y nos has hecho reino para nuestro Dios, y Sacerdotes, y reinaremos eternamente (3).

En esta mansion de inefables maravillas no se necesita la luz del sol ni de la luna: la gloria de Dios la ilumina, y Jesucristo, el Cordero de Dios, en quien habita la plenitud de la divinidad, es la lámpara, es el sol, que difunde sus luces (4). Esta luz, que está en el Verbo, se comunica á los bienaventurados por la humanidad

(1) Apoc. XXI, 2.
 (2) Id. V, 12.
 (3) Id. id., 9.
 (4) Id. XXI, 23.

que tomó para sí, y brillando eternamente les descubre todos los tesoros de la Sabiduría y de la ciencia de Dios, que en Jesus se encierran (1). En él verán los caminos por dónde los llevó á su fin, y los medios de que se valió para salvarlos, no dejándoles ignorar nada de cuanto pueda contribuir á su felicidad. Esta luz les hará ver claramente los misterios que ahora conocemos por la fe y como en enigma (2); y los verán en su principio, en sus medios y en su fin; los verán en Jesucristo y en su divina luz.

No vi templo en la Jerusalem del cielo, añade San Juan, porque el Señor Dios Omnipotente es el templo de ella y el Cordero (3). Jesucristo á la diestra de su Padre, es el Sacerdote que en ese templo se ofrece á sí mismo como hostia santa, como Cordero inmolado desde el principio del mundo (4), siendo eternamente el mediador y el lazo de comunicacion con Dios de todos los justos, que por él reciben los dones divinos, y por él elevan á Dios su adoracion y su accion de gracias.

Jesucristo es tambien el árbol de la vida que vió San Juan en medio de la Ciudad Santa, y cuyos frutos alimentan á los bienaventurados, comunicándoles la inmortalidad, el gozo, la paz y todos los bienes (5). Jesucristo alimenta su espíritu como verdad, sacia su corazon como caridad, y da vida é incorrupcion á sus cuerpos como santidad. Él es además el esposo de la Iglesia glorificada. Se sacrificó en la tierra para santificarla y presen-

(1) I Coloss. II, 3.
 (2) I Cor. XIII, 12.
 (3) Apoc. XXI, 22.
 (4) Id. XIII, 8.
 (5) Id. XXII, 2.

társela á sí mismo gloriosa y sin mancilla (1), y con ella celebrará sus bodas en el cielo, comunicándole todos sus bienes para ser como dos en una carne con union indisoluble (2).

Jesucristo, en fin, es todas las cosas para los que gozan de Dios en el cielo. En él quiso Dios que habitase toda plenitud, para que como de fuente inagotable se difundiera á los hombres cuanto es necesario para su santificación en la tierra y para su felicidad en el cielo. En él la plenitud de la gracia y de la verdad, de la luz y de la gloria, de la vida y la inmortalidad, del gozo y de la paz, de la santidad y del amor, del sacerdocio, de la realeza y de la divinidad. De toda esta plenitud comunica, llenándolos segun la medida de sus méritos, á todos los santos consumados en su union eterna con él mismo. Son glorificados con la gloria de su cabeza, iluminados con su luz, santificados con su santidad, vivificados con su vida, inflamados con su amor, inmortales como él, embriagados de sus delicias y de los inefables goces de su eterna paz, participantes de su reino y de su sacerdocio, y en cierto modo divinizados con él.

¡Qué grandeza, hermanos, que felicidad! Con razon dice San Pablo, que es inmenso el peso de la gloria que Dios nos tiene preparada, y que no son comparables con ella las momentáneas y leves tribulaciones y padecimientos á que nos vemos sometidos en esta vida (3). No es extraño que arrebatado al tercer cielo para contemplar esa gloria que comunica Jesucristo á los suyos, exclame el Apóstol que no es dado al hombre hablar lo que

(1) Ephes. V, 26.

(2) Apoc. XIX, 7, 9.

(3) II Cor. IV, 17.

allí escucha, y que no ha visto el ojo, ni oyó la oreja, ni alcanzó el entendimiento del hombre, lo que Dios tiene preparado para los que le temen y le aman (1). La voz que oyó San Juan salida del trono, decia: Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos, y la muerte no será ya mas, y no habrá llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron, y hé aquí que yo hago nuevas todas las cosas (2). Serán embriagados, dice el Profeta, con la abundancia de tu casa, y les darás á beber del torrente de tus delicias (3).

Esta gloria, Señores, que tendrá principio para el alma del justo cuando el juez eterno pronuncie su sentencia de salvacion en el momento que siga á su muerte, llegará á su plenitud para el alma y para el cuerpo en el dia de la resurreccion y del juicio final, cuando se les hará oír aquella dulcísima palabra: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está aparejado desde el principio del mundo (4). Entonces vendrá el fin, dice San Pablo (5); esto es, quedará consumada la restauracion de todas las cosas, y terminará la dispensacion ó ministerio de Cristo en la tierra, porque habrá llegado la consumacion del siglo (6). Entonces, vencidos ya todos los enemigos y destruida la muerte, todo estará sometido á Cristo, y él mismo en cuanto hombre con su cuerpo místico, que es su Iglesia, perfecta ya en el número y en la santidad de sus miembros, unida á él como esposa para siempre, se someterá al Padre ofreciéndose

(1) I Cor. II, 9.

(2) Apoc. XXI, 4.

(3) Psalm. XXXV, 9.

(4) Matth. XXV, 34.

(5) I Cor. XV, 27.

(6) Matth. XXVIII, 20.

á él, y adorándole con todos los suyos para que sea Dios todo en todas las cosas (1); esto es, para que aparezca clarísimamente por toda la eternidad, que todos los bienes, toda la gracia, toda la gloria y bienaventuranza procede de Dios, y por Jesucristo se deriva á todos los Santos. Y Dios, en la unidad de su esencia y en la trinidad de sus personas, será la vida y la felicidad de todo el cuerpo de la Iglesia, que estará en su seno para adorarle, amarle y bendecirle con el cántico de gloria y alabanza á Dios y á Jesucristo, que eternamente repetirán los ángeles y los Santos: «Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición y honra, y gloria y poder en los siglos de los siglos.» (2)

Ahora bien, Señores, ¿seremos del número de los que canten ese cántico, siendo habitantes de la Jerusalén del cielo? Es indudable que este es el fin que Dios se propuso al crearnos, y Jesucristo al redimirnos y hacernos hijos adoptivos de Dios y miembros de su Iglesia en la tierra. La voluntad de Dios es que nos salvemos (3); pero también es voluntad de Dios nuestra santificación (4). Teneis por fruto de vuestra vida la santificación, dice San Pablo; por fin de ella la vida eterna (5). Sin aquel fruto esta no se consigue. Nada que esté manchado con el pecado entrará en el cielo, dijo la voz reveladora de los misterios del Apocalipsis (6). Bienaventurados los que lavan sus estolas en la sangre del Cordero para tener parte en el árbol de la vida, y entrar por las

-
- (1) I Cor. XV, 28.
 (2) Apoc. V, 13.
 (3) I Tim. I, 4.
 (4) I Thes. IV, 6.
 (5) Rom. VIII, 22.
 (6) Apoc. XXI, 27.

puertas de la ciudad celestial (1). ¿Quiénes son estos? Los que viven del espíritu de Jesucristo, los que crucifican su carne con sus vicios y concupiscencias (2), despojándose del hombre viejo para vestirse del nuevo, creado según Dios (3), y hacer que la vida de Jesús se manifieste en su carne mortal (4); los que unidos á él por la fe y la caridad, pelean legítimamente contra los enemigos de su salvación (5), y renunciándose á sí mismos toman la cruz y le siguen hasta el fin (6); en una palabra, los que se hacen conformes á la imagen del Hijo de Dios, modelo divino de los predestinados (7).

Yo he procurado, Señores, en estos días hacéroslo conocer, porque el conocimiento de Jesucristo, y de su Padre que le ha enviado, es la vida eterna (8). Pero os lo dije en el primer día: no se trata de un conocimiento meramente nominal y especulativo, sino de una ciencia que, llenando por la fe el entendimiento, obra sobre el corazón y engendra el amor, y se traduce en obras que acreditan la conformidad de sentimientos y de acciones con el objeto conocido, adorado y amado. Os lo he presentado por lo mismo como Verbo de Dios en el seno del Padre, para que le adoreis; como Verbo encarnado en el seno de María, y por amor hecho hombre, hermano nuestro, para que le améis; como modelo admirable de santidad, para que le imiteis; como maestro de doctrina divina y salvadora, para que os lleneis de la verdad y del

-
- (1) Apoc. XXII, 14.
 (2) Gal. V, 24.
 (3) Coloss. III, 9.
 (4) II Cor. IV, 16.
 (5) II Tim. II, 5.
 (6) Matth. XVI, 24.
 (7) Rom. VIII, 29.
 (8) Joann. XVII, 3.